

EL GUSANO QUE NO QUERÍA SER MARIPOSA:

Había una vez un gusanito que vivía en el bosque junto con otros animales con los que guardaba mayor o menor relación –la que un gusanito puede tener, siempre estando alerta de la existencia de cualquier depredador que quisiera convertirlo en un tentempié de media tarde-. Y este gusanito no era como los otros: aunque su cuerpecito alargado disfrutara reptando por la corteza de los árboles para admirar las puestas de sol que nos regala el comienzo de la primavera y se entretuviera adivinando las formas de las nubes a media tarde, éste no era un gusanito corriente. Este gusanito no quería ser mariposa.

Él era gusano y no entendía cómo podría desear ser otra cosa. En su cabeza no cabía cómo alguien podía desear ser lo que no era, renunciando a su verdadero ser, a lo vivido, a su esencia para ser otra cosa por el simple hecho de ocultar a los demás su verdadera apariencia. En sus tardes meditabundas admiraba el vuelo sincrónico de las bandadas de aves migratorias, pensaba cómo sería bucear sintiendo el agua abrirse camino a su paso dejando marejadas de burbujas tras de sí, y le gustaba imaginar la velocidad a la que sentiría el gato montés el aire en sus bigotes al ir tras su presa. Pero ni por asomo envidiaba alguna de esas situaciones.

No soñaba con volar, ni con las coloridas alas que vestían orgullosas las nuevas mariposas recién convertidas, y que ahora despreciaban al joven gusanito. Él quería ser como era, aunque todos los demás menospreciaran su interior.

Pero ¿acaso ellas no siguen teniendo cuerpo de gusano? Sus alas sólo baten el aire buscando callar el rumor de una conciencia que nunca aceptaron –pensaba-. Su orgullo sólo era el reflejo del desprecio que sentían desde siempre por ellas mismas y por cada una de las que las rodeaban cuando eran un puñado de gusanos cansados de ser quienes eran, ocultos de sí mismos.

Sin quererse tal cual eran, no era posible querer a nadie más, y esto siempre había ocurrido en la colonia de nuevas mariposas, en la que se criticaban unas a otras por su cuerpo voluminoso y alargado y su color mediocre de gusano. Pero ahora que lucían brillantes colores, fantásticas antenas y un vuelo que valía la pena admirar, se reunían alabándose unas a otras por la apariencia que con tanta ilusión habían esperado.

Todo eran adulaciones para cada mariposa nueva y, como si aquella fuera la único existente, ninguna hablaba de su vida anterior.

Un día, de la crisálida, abrió sus ojos al mundo una nueva mariposa. Pero, al contrario que sus congéneres, no tenía colores brillantes, sino una tonalidad pardusca, carente de los vivos colores que constituían requisito indispensable en la mentalidad de la colonia para ser apreciada.

Esta pequeña polilla de cuerpo globoso y torpe fue rechazada por todas las mariposas que, en su coherente forma de ser, no aceptaban algo tan feo por compañera de vuelo.

La pobre polilla se lamentaba entonces de haber querido ser otra cosa, de menospreciar su vida, sus oportunidades y sus cualidades, que por supuesto ahora tampoco pensaba que tuviera.

Como no podía volar con las demás mariposas de la colonia, permanecía todo el tiempo posada sobre la corteza de los árboles, para así pasar desapercibida y evitar las burlas de los demás. Ser nada era mejor que ser rechazada.

Un día, el gusanito la vio allí, alicaída, y acercándose a ella con su movimiento característico le preguntó:

- ¿Por qué no estás volando en vez de aquí, escondida y triste, entre la corteza del tronco?
- ¿No sabes que no valgo para nada? Le contestó la polilla. Soy fea y detestable, y las demás mariposas no quieren que vuele con ellas.
- No te he preguntado que por qué no vas con las otras. Te he preguntado por qué no vuelas, le dijo el gusanito. Tienes ese gran don, el don de mirar el mundo desde muchas perspectivas distintas pero, en lugar de aprovecharlo, te quedas quieta, rezagada e inmóvil por lo que te dicen los demás. Tienes una gran oportunidad que quizás ellas siempre han desaprovechado, y es que puedes ver las cosas como tú quieras, y no como ellos quieren que las veas.

La polilla, resistiéndose a querer creer en su propio miedo, respondió:

- Si es tan genial volar y ver cosas, ¿por qué tú no quieres ser mariposa?
- Cada uno es quien es, y saberlo te llevará al lugar donde quieres estar. No me da miedo volar y ver lugares nuevos a los que no puedo llegar sólo reptando por la corteza de los árboles, pero mientras tanto quiero vivir mi punto de vista, ver lo que hay aquí abajo, disfrutarlo y aprender de ello, porque lo demás cambia, y las apariencias son sólo eso: apariencias.

Lo que la pequeña y rechonda polilla –como la llamaban despectivamente las mariposas- no sabía al principio era que no se trataba de una polilla vulgar, sino que era una bella y gran mariposa nocturna, que luego disfrutó felizmente de las puestas de sol junto a una amiga de menor tamaño y vistosos colores que recién se iría a dormir, soñando con el gran número de perspectivas que podrían abarcar al día siguiente sus alas, parecidas a las de las golondrinas, que reconocían en ella al pequeño gusanito.